LECCIÓN XXV

Exposición general de la cuestión llamada ciencia de las religiones

No ha muchos años, el P. Fontaine llamaba la atención en uno de sus libros, *(La Chaire.....)* al estudiar la apologética moderna, diciendo: «mirad del lado de la Sorbona»; referíase al movimiento anticristiano que había de producirse en el asunto titulado: *Ciencia de las religiones*. Estos estudios, en manos del racionalismo, llevan la pérfida intención de desacreditar toda Religión para poder sacudirla como verdadera lepra, como calamidad vitanda que daña al género humano. El medio empleado consiste en investigar cuidadosamente todos los cultos y establecer entre ellos la comparación, sacando como consecuencia, aunque falsa, que si en todos hay algo común y en algunos algo malo, falso ó pernicioso, esto debe predicarse de todos y á todos considerarles, por lo tanto, malos.

El empeño es diabólico y pide que los defensores de la verdad hagan ver lo que hay de falso en esa malvada tarea. Entre otros trabajos que pudieran citarse como labor de mano maestra en este asunto, merecen recordarse los del P. Caussette, de Monseñor Laouenan, del abate Broglie

y del P. Juan Mir y Noguera que ha publicado, poco ha, un libro copiosísimo acerca del asunto.

Él mismo nos dirá, con su inmensa erudición y con su dominio sobre esta materia, lo trascendental del caso y lo que es necesario conocer en lo tocante al estado de estos estudios, que bien pueden llamarse novísimos y que constituyen la tercera fase de las tres grandes porciones en que hemos dividido estos humildes apuntes de Apologética:

«Campo vastísimo, dice el sabio jesuita español, presenta el estudio de las religiones. Señalar las creencias de un pueblo contenidas en tradiciones venerandas, determinar el origen, progreso, alteración de cada culto, delinear el genio distintivo de una raza en orden á la exposición de su moral relacionada con el Dogma, profundizar lo contenido en las mitologías y leyendas, dar razón de la diversidad de monumentos, altares, sacrificios, ritos, ceremonias, preceptos, ¿puede haber asunto más amplio ni más dificultoso? Crece la dificultad si el que se interna en la vida de una gente ha de investigar el origen de sus creencias y por qué caminos tan insólitos vinieron ellas á pervertirse trocando el ser de la misma nación. Ardua tarea, de no poco momento, es también el comparar pueblo con pueblo, la metafísica nebulosa del bramán con el dualismo práctico del mago persa, la mitología bullanguera del griego con la rústica gravedad del romano, el monoteísmo de los chinos con el politeísmo de los caldeos, la filantropía budhista con la caridad cristiana, el dios nacional de los asirios con el Jehová de los hebreos. No es de menor importancia el investigar la respuesta dada por los diversos cultos á las graves cuestiones sobre la existencia y unidad de Dios, independencia y adoración de la divinidad, diferencia entre el bien y el mal, inmortalidad del alma, premios y castigos de la otra vida, relación del hombre con las potestades invisibles, conceptos de la virtud y santidad, aspiración á lo divino; y aquí entra el misterioso origen de esa noble aspiración; cómo despertó en cada pueblo, si nació de temor ó de amor, de ignorancia ó de astucia, de necesidad ó de política; qué parte le tocó en ella á la filosofía; por qué vino á descaecer en un pueblo y en otro perseveró hasta adulterarse; cómo en la ruda barbarie no se eclipsó del todo, aunque se eclipsase el sol de brillante policía».

El estudio de las religiones alcanza al presente una actividad prodigiosa; pero nótese que el racionalismo, guiado por instinto satánico, viene trabajando ahí, hasta el punto de no dejar piedra sin remover. Oígamos al mismo P. Juan Mir cómo traza rápidamente la historia de ese movimiento de investigación, en el cual también los católicos han tenido y tienen que trabajar para defender el alcázar amenazado de la verdad.

«...Hace veinte años, ¡con qué ardor explotan (los librepensadores) la mina de los descubrimientos! En 1878 fúndanse las conferencias llamadas *Hibbert lectures,* con el intento de dar á conocer

al público inglés las religiones antiguas; en Holanda, por el mismo tiempo, cerrada la cátedra de teología, ábrese la de religiones regentada por Tiele, incansable explorador; en 1880 nombran á Reville para explicar en el *Colegio de Francia,* en París, la misma materia; Suiza no tarda en confiar al catedrático Stroehlin el cargo de inaugurar en la Universidad de Ginebra un curso de *Historia religiosa;* el año 84 la Universidad de Bruselas imita el ejemplo del gobierno francés, el cual, á los dos años, añade en la *Escuela de estudios superiores,* á las cuatro secciones, la de *Ciencias religiosas;* en el propio año 86, el gobierno italiano instituye en Roma cátedra de *Historia de las religiones;* el año siguiente, 1887, Hungría y Grecia abren sus aulas á la misma asignatura, que en Alemania contaba ya por centenares los alumnos; los escoceses, en 1888, no ven la hora de acudir al reclamo; Austria no había de quedar atrás en el iniciado religioso fervor. La nación española, libre del común contagio, proseguía su tradicional derrotero».

Después de tratar la cuestión del método, que es rigurosamente histórico, pasa el docto escritor á ocuparse en la cuestión de imparcialidad, y se expresa diciendo:

«...No hay librepensador que no la demande. Ellos presuponen iguales todas las religiones, y con igual deferencia ó indiferencia las tratan, y á veces con igual desdén. ¿Son lógicos? No; porque suponen lo que deben demostrar, toman por principio lo que sería corolario al fin de la discusión. Algo más pide la prudencia. Asunto de altísima trascendencia es la religión, el más interesante por la gravedad especulativa y práctica que encierra, con respecto al fin del hombre. No por mera curiosidad ni con prevención, sino con profunda y sincera afición se ha de tratar la materia. El deseo de ilustrar ha de presidir á la obra, y la ilustración la necesitamos todos; el creyente para corroborar sus creencias, el fluctuante para desvanecer dudas, el incrédulo para ponderar el mérito de la verdad».

Véase ahora como se explica en este mismo asunto el abate de Broglie, en su obra magistral, *Problèmes et conclusions de l'histoire des religions:*

«Es por medio de estos dos principios, ó más bien de estas dos formas del mismo principio, la igual autoridad de todas las religiones y la ausencia de toda intervención real de una divinidad libre, cómo la escuela naturalista pretende dar cuenta de todos los hechos de la historia religiosa. Es necesario, quiérase ó no, que la historia se halle de acuerdo con tales dogmas; no se supone un solo instante que los hechos puedan contradecir á estos principios *á priori,* fundados, dicen, sobre la ciencia moderna. Esta pretensión es tanto más extraña cuando se trata de la historia de las religiones, cuanto que las ideas que á todo trance deben descartarse, la de sobrenatural, de milagro, de revelación divina, son ideas universal-

mente extendidas entre los pueblos religiosos, que son unas veces la consecuencia, otras el principio y el fundamento de las creencias, hasta tal punto que cabe preguntarse si no son precisamente esas ideas lo que constituye la esencia de la Religión y lo que debe servir para definirla.

«La escuela naturalista moderna..... rechaza lo sobrenatural, pero quisiera conservar la idea de religión. Quisiera que la historia de las religiones no se considerase como compuesta solamente de fábulas y narraciones infantiles. Sería efectivamente difícil justificar, en esta hipótesis, la inmensa importancia dada en nuestros días á este estudio y las numerosas cátedras creadas para desarrollarlo. He aquí pues como M. Juan Reville, director de la *Revue de l'histoire des religions,* intenta combatir la idea de que lo sobrenatural es esencial á la religión. Contestando á un adversario de toda religión (M. Véron), que había definido la religión *la creencia en lo sobrenatural,* exclama: ¡He ahí clara la oposición enteramente eclesiástica del orden sobrenatural de la gracia y del orden natural del mundo caído! No obstante la reciente adhesión de uno de nuestros críticos más notables (M. J. Reville hace aquí sin duda alusión á M. Schérer), esta definición no se justifica de modo alguno. No podría aplicarse ni á la religión de los estoicos y de los neoplatónicos que hacían entrar en el orden natural lo que se considera actualmente como sobrenatural, ni al Cristianismo unitario moderno que

rechaza lo sobrenatural. El salvaje, cuando invoca á su gris-gris, ¿cree en lo sobrenatural? Preocúpase tan poco de ello que M. Véron, fiel á su definición, se ve obligado á reconocer que el fetichismo no es propiamente hablando una religión.

«La enumeración que M. Juan Réville da de las religiones que no corresponden á la definición de M. Véron es, paréceme, la mejor prueba de que esta definición es exacta, y por lo menos que se da íntima unión entre la idea de religión y la de sobrenatural. ¿Qué son en efecto las pretendidas religiones de los estoicos y de los neoplatónicos sino sistemas científicos de filosofía religiosa ingertos en el paganismo?

«¿Qué es el Cristianismo unitario sino una filosofía que sacudió todos los Dogmas cristianos no conservando, como dijo M. Renan, sino el perfume que queda después que el licor se derramó y se rompió el vaso?»

Son dignos de la copia los siguientes conceptos del P. Fontaine, en su citada obra: «.....Nuestros eruditos no se ven atollados para dar cuenta de los hechos dogmáticos; piden su explicación al medio en el cual esos hechos se han producido; interrogan á las costumbres, á los usos, á las opiniones, á las filosofías, á las lenguas, á todos los documentos escritos, y sobre todo á las tradiciones populares, á las leyendas. Estas juegan un papel principal en su sistema; en ellas es á donde van á coger nuestros eruditos el hecho dogmático; siguen su desarrollo á través de los

siglos, os muestran de qué manera creció, se amplificó, apropiándose todos los elementos que con él tenían alguna analogía. Este génesis fué largo y laborioso; numerosas generaciones trabajaron en él; un día, finalmente, el dogma se completó. Por una feliz coincidencia, todo favorecía su promulgación; los espíritus, empujados por una especie de instinto, fueron á su encuentro; mil influencias esparcidas en la atmósfera intelectual determinaron su explosión. Un hombre verdaderamente inspirado, un enviado del cielo, encontró su fórmula integral, y los pueblos lo aclamaron. Ese hombre fué sucesivamente Brahma, Zoroastro, Confucio, Sakia-Mouni, Mahoma y Jesucristo. El tesoro de las tradiciones sagradas habíase enriquecido; la evolución religiosa había dado un paso; la humanidad había adquirido conciencia de una parte de sí misma; las verdades inmanentes que lleva en su seno habíanse desenvuelto y brillaban con luz más viva. Así se explican todos los hechos religiosos que se han producido en el mundo, porque la naturaleza es siempre semejante á sí misma, y las leyes á las cuales obedece son por do quiera idénticas. La germinación dogmática de la cual fué teatro la Palestina, diecinueve siglos ha, habíase manifestado muchas veces, y mucho tiempo antes, en diversos puntos del mundo oriental. No debe buscarse únicamente en el mosaismo y en las fases diversas que atravesó la preparación y como el prefacio del Cristianismo; esa preparación es

mucho mayor, este prefacio es más solemne; compónese de todos los brotes religiosos precedentes. Todos deben tenerse por verdaderos, aunque en diverso grado, según se encuentren escalonados á lo largo de los siglos. El Cristianismo es el último término de esta evolución, y en eso consiste su grande é inapreciable ventaja, la verdadera causa de su superioridad.

«De esta suerte la crítica histórica sostiene la cadena de las tradiciones sagradas de la humanidad. Además estas tradiciones sagradas tienen, en el seno mismo de París, sus intérpretes muy autorizados; estos doctores forman una especie de concilio permanente encargado de explicarlas y propagarlas».

Todo lo expuesto deja ver que el estudio comparado de las religiones es labor importantísima y erizada de dificultades. Y ahora vamos á entrar ya en su examen.

En la lección inmediata expondremos el punto de vista general, algo así como la síntesis, y luego entraremos en los pormenores.

LECCIÓN XXVI

Estudio comparativo entre el Cristianismo y las demás religiones bajo su aspecto general

En el asunto que ahora tratamos debemos notar el siguiente hecho: al comparar el Cristianismo con las demás religiones, encontramos

puntos de semejanza y puntos de trascendental diferencia; así, se ve que todo lo que hay de sano en las religiones no cristianas, esto mismo se halla en el Cristianismo; y en éste no aparecen los errores y supersticiones morales que se notan en otros cultos; además, al hacer el estudio comparativo de las religiones, resulta una superioridad inmensa en favor del Cristianismo; de ahí la llamada *trascendencia* del Cristianismo.

Al estudiar el abate de Broglie la cuestión de la semejanza de las religiones, escribe lo siguiente que debe tenerse muy en cuenta y que sirve para deponer en favor de la verdad cristiana: «La semejanza y especie de parentesco que existe entre las religiones paganas y el Cristianismo, puede perfectamente tener un doble fundamento. Puede resultar á la vez de la identidad esencial de la revelación primitiva, de la cual el paganismo es alteración, y de la identidad de los instintos religiosos á los cuales las diversas religiones deben necesariamente adaptarse. La religión es un lazo entre Dios y la humanidad. Dios es quien primero se acercó al hombre por medio de la revelación primitiva, quien celebró mediante la revelación cristiana una nueva alianza con él. Mas el hombre, por su parte, después de haber perdido la verdadera noción de Dios, debió crear, así con el recuerdo de sus creencias pasadas como con los instintos de su corazón, doctrinas y cultos imperfectos y mezclados de errores, hasta el día en que la luz divina vino nuevamente á ilustrarle. La

revelación primitiva y la revelación cristiana, únicas religiones divinas por su origen y dirigidas á todos los hombres, son al mismo tiempo, si así osamos decirlo, las más humanas de las religiones, las que se hallan mejor adaptadas á los instintos nobles del corazón humano; deben contener en sí todo cuanto el hombre pudo adivinar, inventar y crear de bueno, bello y verdadero. Al propio tiempo que son religiones sobrehumanas, la religión primitiva y el Cristianismo son religiones sobrenaturalmente humanas; es decir, que contienen con una universalidad, una perfección, una harmonía y una eficacia que traspasan las fuerzas de la naturaleza, todos los sentimientos religiosos naturales y verdaderos que se hallan dispersos en los cultos erróneos.

«Así, las semejanzas, lejos de ser una objeción, conviértense en una prueba. Hacen ver que no es dado declarar al Cristianismo engañador sin decoronar la naturaleza humana, sin substraerle el objeto real por ella perseguido por do quiera y siempre, sin condenarla á perpetua ilusión ó á un desencanto que la degradaría. Muestran que la divinidad del Cristianismo es la única conciliación posible entre la ciencia y la historia que condenan al paganismo y las aspiraciones constantes del corazón humano, á quien es necesaria una religión cualquiera y que no podría pasarse sin ella. Podemos pues entrar confiadamente en el estudio de las notas auténticas que prueban que la revelación cristiana es divina y verídica».

El mismo autor, al examinar ó tratar de la harmonía de las semejanzas entre el Cristianismo y las demás religiones, después de un trabajo minucioso de labor comparativa, termina con el siguiente párrafo:

«En una palabra, en la Religión católica, todos los elementos comunes entre el Cristianismo y los demás cultos hállanse cada cual en su lugar, limitándose y moderándose mutuamente, contenidos en los límites de la lógica y de una razón sumisa, mas no destruída, y siempre de acuerdo con un ideal moral, sublime y elevado. Esta harmoniosa organización de elementos por todas partes dispersos, encontrándose en una sola religión, prueba que es sobrehumana. Requiérese una causa sobrenatural para crear tal maravilla». (1)

Véase ahora la delicada y hermosa página que Mons. Bougaud escribe en su admirable obra, *El Cristianismo y los tiempos presentes*.

«...El alma habla lo mismo en el Evangelio que en los *Vedas,* igualmente en la Biblia que en el *Zend-Avesta*. El alma á quien oís rogar, llorar, gemir, esperar, amar y lanzarse hasta Dios en los libros de Budha, es la misma alma humana á quien oís en la Biblia. ¿En dónde habéis descubierto, decidme, que en la Biblia no se vea otra cosa que Dios, ni más que *revelación é inspiración sobrenaturales?* También se encuentra allí el alma; y por eso decís con razón que en todos

(1) Abbé Broglie, *Problèmes.....*

esos libros *el lenguaje difiere tan poco en muchísimas cosas*. Únicamente que en la Biblia se encuentra además Dios, y por lo tanto hay allí de menos el error. Y por eso aquel lenguaje, *apenas diferente en muchísimas cosas,* aparece radical y absolutamente distinto en tantas otras.

«No es, lo repito, que Dios se halle tan ausente como vosotros suponéis de los libros sagrados de los pueblos. ¿En dónde habéis aprendido también que no hay en dichos libros más que conciencia y razón naturales? Esto es otro error capital. Semejante á nave destrozada por la tempestad, cuyos fragmentos se encuentran en la orilla, pero dispersos, incompletos, enmohecidos, oxidados, sepultados en el suelo; así sucede con la palabra de Dios en esos libros. Está en ellos, pero incompleta, alterada, en fragmentos, sin orden, sin trabazón, sin harmonía, desconocida, como no sea á los ojos de la fe que la reconoce y señala con respeto. Y he aquí por qué, aun conteniendo esos restos adorables, solamente inteligibles á los ojos de la fe, la colección de esos libros sagrados es tan solamente la *Biblia de la humanidad,* y la otra, intacta y virgen, es la *Biblia de Dios*».

En el asunto que venimos estudiando, tenemos que de la semejanza del Cristianismo con las demás religiones nada se saca contra el primero, sino que además resulta en favor suyo que en él se halla todo lo bueno de las demás, sin nada de lo falso ó malo que en ellas aparece; prueba palmaria de su verdad, de su pureza, de su divi-

nidad. Mas ahora es necesario hacer resaltar las diferencias, para que mejor se vea y comprenda esa superioridad del Cristianismo.

Vamos á seguir en este camino al R. P. Caussette, que trata el asunto en la 1.ª parte de su profunda obra *El buen sentido de la fe:* (1)

«El milagro físico, dice, en el Cristianismo, descansa, como filón de oro, sobre un lecho histórico que le sostiene y lo garantiza. El milagro físico en el budhismo es una visión ó una pesadilla, sin apoyo alguno en los hechos. El primero se sienta en un orden de acontecimientos aceptado como verdadero por los pueblos experimentados del Occidente; el segundo jamás ha sido otra cosa que un entretenimiento de naciones que se han estacionado en preocupaciones estúpidas, y que según se ha dicho están destinadas á perecer, no de vejez, sino de una infancia prolongada.

«Lo sobrenatural de la Biblia y del Evangelio refleja la belleza ideal de su autor; el de los *Vedas* y de los *Puranas* no es más que una colección de imbecilidades grandiosas: el primero excita el llanto; el segundo solo mueve á risa: el primero ha elevado y redimido de la esclavitud á los pueblos occidentales; el segundo derrama sobre el extremo Oriente la obesidad de la anestesia: el primero civiliza á los hombres; el segundo los hace irremediablemente impropios para la civilización: el primero es un deísmo grande y puro;

(1) Traducción española del Sr. Vidal de Valenciano.

el segundo una mitología menos ingeniosa y más repulsiva que las de Grecia y Escandinavia.

«.....El islamismo es un hecho evidentemente humano, realizado por medios humanos, que ha tenido la violencia por instrumento, la pasión y la ignorancia por cómplices. Mejor que una religión constituye una conquista; su propagación en vez de probarlo lo estigmatiza, porque la sangre solo tiene la virtud del testimonio cuando se derrama por amor. Su demostración escrita no existe ni puede existir»...

Examinando luego la trascendental prueba tomada de la profecía, escribe el mismo autor:

«Abramos ahora los anales del paganismo indio y tibetino: ¿encontraremos en ellos un sistema de predicciones y de hechos vaticinados, que sea sombra siquiera de semejante testimonio? ¿Quiénes son los Isaías y los Daniel de esa ley misteriosa? El brahmanismo y el budhismo, que vienen á ser el Antiguo y el Nuevo Testamento de esa religión, no tienen una historia formal. Algunas verdades perdidas en el seno de inmensas tinieblas, como piedras miliarias desparramadas en la inmensidad de vasto desierto, he ahí lo que son sus anales; y en lugar de nuestras profecías colocadas frente á frente y en espectativa de los acontecimientos y de la bella harmonía que ofrece la confrontación de las unas con las otras, ¿qué es lo que vemos en la cronología de los indos? Sombras y más sombras envolviendo un pasado de antigüedad problemática, y un

abolengo de pergaminos redactados á gusto del consumidor».

Si se trata de comparar libros con libros, véase lo que el mismo autor consigna:

«¿.....Existe un Evangelio de Sakiamouni, capaz de rivalizar con el de Jesús? ¿Qué puede oponer el lamaísmo á los libros de los *Proverbios*, de la *Sabiduría*, de *Job*, de los *Salmos* y de las *Epístolas de S. Pablo?* Una literatura pomposa y exuberante como la vegetación de la India, eso sí; pero al propio tiempo una amalgama incoherente, de la cual de tarde en tarde brota algún destello de luz, y la única obra del espíritu humano que es imposible leer sin ceder al cansancio».

Para terminar este paralelo general veamos lo que resulta, miradas las cosas desde el punto de vista del milagro considerado en el orden moral.

El mismo autor de quien venimos ahora escribiendo las citas aducidas, se expresa de este modo al estudiar la vida contemplativa del budhismo:

«En qué han convertido la contemplación? En una especie de anonadamiento. Del mismo modo que el Dios respecto del cual meditamos constituye un acto puro en su esencia y un amor inmolado en la cruz, cuando, terminada nuestra plegaria, nos sumergimos de nuevo en la vida real, corremos al sacrificio práctico, haciéndonos tanto más útiles á la tierra cuanto mayor es el afecto que el cielo nos inspira. El budhista, por el contrario, adorando al ser indeterminado, eternamente inmóvil, ha de considerar el colmo de la perfección lo único que ésta puede ser bajo el imperio de esa divinidad inerte, es decir, la inercia. Cuando el alma enfermiza de los indios ha llegado á extraviarse en este océano inanimado de la existencia, más bien que vive, vegeta suspendida en idiótico balanceo sobre la humanidad. Nuestra santidad constituye para nosotros la acción fundada por la oración; para ellos la esterilidad de la imaginación entregada á los ensueños de la fantasía: la nuestra es el trabajo constante; la suya el sueño catalépsico: aquélla un exceso de vida; ésta una muerte anticipada. El que quiera ser un samnita perfecto, dicen sus textos inspirados, ha de proceder como el hombre á quien se hubiesen cortado sus cuatro miembros. No cabe dudar que de ese quietismo visionario podrán salir legiones de bonzos y de solitarios alucinados, petrificaciones vivientes de su ley; pero de seguro no resultará jamás un S. Vicente de Paul».

Resumiendo: Si de las semejanzas del Cristianismo con los demás cultos resulta que en él se encuentra todo lo verdadero y bueno que hay en ellos, sin nada de sus errores y supersticiones; si al establecer las diferencias encontramos el admirable contraste de la hermosura moral del Cristianismo en oposición á las bajezas, ridiculeces é inmoralidades de los demás cultos, resulta en favor del Cristianismo una superioridad tal, que deja ver su verdad y, como se dice, su trascendencia.